

REVISTA ESPIRITISTA.

PERIÓDICO DE

ESTUDIOS PSICOLÓGICOS.

RESUMEN.

Sección doctrinal: Movimiento contra el romanismo.—A nuestros lectores. (De la *Revista Espiritista* Montevideana).—La Música.—*Disertaciones espiritistas:* ¡Caridad!—Las vacaciones.—Los mundos.—*Variedades:* Las paradojas de la ciencia; Lumen, por Camilo Flammarion, (conclusion).—*Miscelánea:* El Espiritismo en América.—Nueva publicación.—Pensamientos espirituistas.

SECCION DOCTRINAL.

MOVIMIENTO CONTRA EL ROMANISMO.

Es digno de notarse lo que sucede en Europa, de algun tiempo á esta parte.

En la falsa creencia de que los intereses del sacerdocio católico romano eran los mismos que los del verdadero Cristianismo, y que sin censurar implicitamente á éste, no se podia censurar á aquél, nadie en el viejo continente era bastante osado á levantar la voz contra ciertas abusivas inmisiones de los sacerdotes romanistas. Constituyendo un vigoroso poder dentro de otro poder; atacando con valentia digna de mejor causa, todas las leyes é instituciones civiles, que en el espíritu de progreso y de tolerancia se inspiraban; pesando incansablemente sobre la pusilánime conciencia de las personas sencillas, y llegando hasta á declararse superior, por su carácter, á ciertos mandamientos del legislador, tan sólo porque le placia juzgarlos contrarios á los que titula mandamientos de Dios, el sacerdote católico romano disponía en no pocas ocasiones de la suerte de los Estados, y nadie, ni aún los más audaces gobernantes, se atrevían á cortarles el vuelo, que amenazaba crecer en infinito y vertiginoso progreso.

Unicamente en el retiro del hogar doméstico y en el secreto de la amistad más íntima, aventurábanse algunos á dolerse de tales y tamañas extralimita-

ciones. El que cometia la imprudencia, la generosa imprudencia, de lanzar públicamente un quejido, siquiera fuese arrancado por el sincero deseo de mantener incólume la pureza de la doctrina de Cristo, sentia al punto sobre su frente el que ántes fué enorme peso de los anatemas de Roma. De la cuestión religiosa propiamente dicha, ni por pienso se ocupaba la inmensa mayoría; y cuando algun filósofo, rompiendo con todo, vaciaba en un libro el fruto de sus estudios y meditaciones, y lo lanzaba á los vientos de la publicidad, era inmediatamente anotado en el *Index*; prohibido, cuando menos, y su autor señalado al horror de todos los que de *buenos católicos* quisieran preciarse, con lo cual se venia á conseguir que la obra no llegara á las manos que más necesitadas estaban de ella, y que el escritor, aparte de ser tenido por blasfemo ó demente, se ahogase en el vacío que en torno suyo se había hecho.

Á esto, sin duda alguna, es debida la crasa ignorancia en que, aun hoy, vivimos respecto de las cuestiones religiosas, y el lamentable descuido en que los gobernantes han dejado el ideal de Religion, al concebir, desarrollar y plantear las instituciones y organismos sociales, de donde acaso proceda su visible flaqueza y su perenne instabilidad. Y adviértase qué ni nosotros somos totalmente responsables de aquella ignorancia, ni los gobernantes de este descuido. Viendo el único fruto que alcanzaban los que de la cuestión religiosa se ocupaban, observando que sólo persecuciones y ódios se conseguían, ¿qué mucho que con horror se contemplasen esos estudios, por más que se les juzgáran intimamente relacionados con la vida en todas sus diversas manifestaciones? Por otra parte, y esta consideracion gozaba de gran predicamento en el vulgo, de por si tan dado á la ociosidad del Espíritu; por otra parte, decimos, ¿qué necesidad habia de estudiar lo que para siempre y de un modo *á todas luces incuestionable* estaba resuelto por los teólogos? Y en cuanto á los gobernantes, que nunca han de desatender la paz y buena armonia en las naciones, á cuya dirección son exaltados, ¿cómo habian de tomar en cuenta el ideal religioso, si estaban persuadidos de que haciéndolo no podrian menos de chocar con las potestades sacerdotales, las que sólo en cierto sentido querian que semejantes materias fuesen tratadas?

Asi estaban las cosas, hasta no hace mucho tiempo. Si es cierto que comenzaban á abundar las obras sobre asuntos religiosos, considerados estos á la luz de la libertad de conciencia; si hasta, en algunos países, la prensa periódica censuraba con virilidad determinadas extralimitaciones del sacerdocio, y reclamaba con infatigable insistencia la plenitud de los derechos in-

herentes al espíritu humano; cierto es tambien que todo esto era concep-tuado como extravagante y pecaminoso, y que la organización clerical se mantenía compacta, unida y al parecer inquebrantable, á pesar de la poco marcada division de católicos liberales y no liberales. Sonó la hora de la convocatoria del concilio vaticano, de ese concilio cuyo primordial objeto no era otro que dar aún mayor fuerza absorsiva al organismo clerical, y desde entonces, y como por un movimiento marcadamente providencial, toda aquella robusta armazón, en apariencia indestructible, se ha agrietado á la vez por mil distintas partes, y casi casi yace en la actualidad rota en menu-das piezas. Lo que era llamado como elemento de virilidad y vida, trocóse á la postre en elemento de flaqueza y muerte; pues ello es innegable que la enfermedad, que á pasos de gigante lleva al romanismo á la tumba, hâse no-tablemente agravado desde que surgió la idea del último concilio llamado ecuménico. El acto, si algun tanto soberbio, plausible por la entereza de ca-rácter que revela; el acto del P. Jacinto, declarándose desobligado de obe-decer las decisiones de la futura asamblea; las polémicas sostenidas acerca de si era, ó no herética la infalibilidad personal del Papa; el enérgico dis-curso de algun ilustre prelado en el seno del concilio; la division, que partiendo de Alemania, encuentra buena acogida en todas las naciones, y otros y otros acontecimientos de no menos importancia, no hubiesen salido á la superficie, á lo menos tán pronta y tan precipitadamente, sin la convocato-ria del concilio vaticano. Desde entonces acá, la desunión ha penetrado en las filas del catolicismo romano, el desconcierto en los que las forman, y aquellos mismos, que ántes no se atrevian á atacarlas ni siquiera por los flancos, las enviasen hoy de frente y como obedeciendo á una consigna dada de antemano. Obsérvese si no lo que actualmente está pasando en Europa, hecho que no queremos dejar sin expresa mención; porque, en concepto nuestro, prepara los albores de un nuevo aspecto religioso.

Apénas terminada la terrible y desastrosa guerra franco-prusiana, Alema-nia, empujada por Prusia, que es hoy su alma, comenzó á tomar resolucio-nes en contra del clero católico romano. El dogma de la infalibilidad papal fué el punto de partida, y el modo de manifestarse las hostilidades consistió en apoyar las justas pretensiones de los anti-infalibilistas alemanes, que to-maron el nombre de viejos católicos; porque, segun dicen, abrigan el inque-brantable propósito de restablecer la primitiva pureza de la doctrina de Cris-to, tal como se halla consignada en el Evangelio, en lo que consiste el único y verdadero catolicismo. No puede negarse que Alemania procedía en este

asunto con exquisita sagacidad, porque los anti-infalibilistas contaban con no pocas simpatías en todo el mundo, y porque además, y esta era razon de mucho peso para el Estado, las autoridades clericales romanistas, perturaban el orden interior de la sociedad, convirtiendo en cuestión de salvación para el alma, la obediencia a preceptos civiles, que ellas por si y ante sí declaraban, desde el púlpito, contrarios a las leyes de Dios. A semejante actitud contestó el Gobierno con la ley que castiga los abusos cometidos desde la *cátedra del Espíritu Santo*; ley, si mal no recordamos, promulgada en la penúltima legislatura, y cuya primera aplicación tuvo lugar en un sacerdote de Nassau, que por el tribunal correccional de Limbourg fué condenado a tres semanas de arresto en una fortaleza.

Nada de esto era sin embargo, parte bastante a detener las frecuentes inmixtiones de los sacerdotes católicos romanos, que continuaban anatematizando a cuantos no creyesen en el nuevo dogma; declarando nulas y aun heréticas todas las ceremonias celebradas y los sacramentos administrados por los clérigos no infalibilistas; negándose a que éstos penetrasen en los templos y usasen de las insignias, vasos sagrados y demás instrumentos del culto, y lo que era más atrevido que todo esto, prorrumpiendo en continuas y acres quejas contra las potestades civiles. Imposible les fué a los poderes públicos resistir a tantas invectivas, y apoyándose en la necesidad de mantener la paz y buena armonía dentro del Estado, la potestad ejecutiva sometió a la legislativa el proyecto de ley, autorizando a la policía para expulsar del territorio de la federación alemana a los jesuitas y otras órdenes similares. La ley ha sido aprobada en tercera lectura por 181 votos contra 93, y a no dudarlo, pronto empezará a surtir sus efectos.

No nos toca a nosotros, meros cronistas, analizar estas resoluciones del Gobierno alemán. Motivos poderosos tendríamos para censurarlas; pero tam poco faltan poderosos motivos para explicarlas y aun legitimarlas. Como quiera que sea, el movimiento anti-romanista no se ha circunscrito a Alemania; se ha transmitido a Austria. Los jesuitas arrojados de aquélla, se refugian en ésta, y los austriacos firman peticiones a la Cámara de diputados para que les libre de semejante invasión. El *Progreso* de Trieste daba cuenta, no hace mucho, de uno de esos mensajes en que se piden medidas prontas, energicas y radicales, para impedir la entrada de los jesuitas en el territorio de aquella monarquía, y qué se haga salir de los Estados austriacos a los jesuitas que pertenezcan a otra nacionalidad, y finalmente, que se declare abolida en toda la monarquía la orden, estableciendo la sanción penal que

se juzgue más oportuna para garantizar la observancia y la ejecucion de las leyes respectivas. La comision parlamentaria encargada de estudiar esta cuestion, propone resolverla por medio de una ley que determine las condiciones de existencia de las órdenes religiosas, con motivo de la que debe regular las relaciones entre la Iglesia y el Estado.

En Suiza tambien se ha iniciado el movimiento encaminado á limitar la influencia, que se juzga perniciosa, de la teocracia romanista. Como ésta ha conseguido introducirse en la confederacion, encubierta con el manto de la educacion y de la beneficencia, actualmente se discute en Suiza si deben ó no prohibirse las asociaciones instructoras y las corporaciones benéficas de carácter religioso; pues se conceptúa que ejercen de tal modo un gran predominio en las conciencias, encaminándolas á fines particulares no muy conformes con la manera de ser de la nacionalidad helvética. La discusion sigue su curso natural, haciendo los protestantes prueba de mucha tolerancia para con los católicos romanos, cuyos procedimientos, dicen, que no quieren adoptar, y miéntras tanto se anuncia que el consejo federal se ocupará en breve de un proyecto de ley, pidiendo la separacion de la Iglesia y del Estado.

Nada queremos decir de Italia, cuya situacion respecto del clero católico romano, y áun de su sumo pontifice, no se oculta á nadie que siquiera una vez por semana piense en los acontecimientos europeos. Puesto el pié en Roma y clavada la vista en el anciano que ciñe la tiara, Italia no reposa en su tarea de emancipar á sus habitantes de la influencia aletargadora del romanismo. En Francia, á pesar de los titánicos esfuerzos de los ultramontanos, se deja sentir el movimiento que venimos observando, y buena prueba es de ello, á parte de otros sucesos, el conflicto, que, con motivo de las procesiones de los romanistas, surgió entre el alcalde y el prefecto de Marsella. En Portugal, en la ciudad de Oporto, tuvo lugar un *meeting*, donde se redactó una protesta contra la influencia jesuitica, excitando al mismo tiempo al Gobierno á que la extinga con resolucion.

Tal es, á grandes rasgos descrito, el estado de ánimo de algunas naciones respecto del clero católico romano. Pudieramos ahora entrar en muchas y serias consideraciones sobre el particular; pero como, por una parte, este articulo es ya demasiado extenso, y como por otra, sólo nos hemos propuesto relatar los hechos, desistimos de analizarlos. No sin fundados motivos creamos que los lectores, sin necesidad de nuestro débil auxilio, lo harán cabal y satisfactoriamente. Nos limitamos, pues, á recordar estas palabras del *Maestro*, consignadas en el Evangelio segun S. Mateo:

«Vosotros sois la sal de la tierra. Y si la sal se hace insipida, ¿con qué se le volverá el sabor? Para nada sirve ya, sino para ser arrojada y pisada de las gentes.»

M. CRUZ.

Hemos recibido de Montevideo el primer número de la *Revista Espiritista* que nuestros muy queridos hermanos de aquella localidad han empezado á publicar. A fin de que nuestros lectores se hagan cargo del objeto y tendencias de ese nuevo órgano de nuestra querida doctrina, y del cariño que sus redactores manifiestan á los espirituistas todos, copiamos á continuacion el artículo que encabeza el periódico:

A NUESTROS LECTORES.

El cuerpo corruptible embota el alma, y este vaso de barro deprime el Espíritu, capaz de los pensamientos mas elevados. Sab. IX, v. 15.

Al empezar hoy la publicacion de una Revista mensual sobre el Espiritismo, cumplimos con el grato deber de saludar á nuestros hermanos en creencias, de ambos hemisferios, enviándoles la expresion de nuestro profundo afecto, y de nuestros ardientes votos por el triunfo de las verdades espirituistas.

Nuestra idea dominante al pisar los umbrales de la prensa, es la de generalizar en todas las clases sociales las hermosas y trascendentales verdades psicológicas que encierra el Espiritismo, el cual constituye una completa ciencia por el conjunto de principios evidentes, y demostraciones rigorosas que le sirven de base.

siguiendo el rastro de luz que han dejado en su camino los escritores espirituistas entre los cuales se encuentran hombres de la talla de Flammarion, Pezani, Reynaud y otros no menos notables por su representacion en los dominios de la ciencia y de la literatura,—no tenemos la pretension de igualar sus méritos, ni alcanzar aura popular de ningun género por medio de esta obra; apenas si aspiramos á propagar entre nosotros esas sublimes verdades que por los problemas religiosos, morales y filosóficos que resuelven,—explican y complementan la doctrina proclamada por Jesu-Cristo en las llanuras de la Judea, y sellada con su sangre en la cumbre del Gólgota.

Muévenos tambien á emprender esta tarea quizá muy superior á nuestras fuerzas, la pena que nos causan los juicios erróneos, las suposiciones absurdas que se suelen formular contra la nueva doctrina, afectando despreciarla sin conocerla siquiera en sus nociones mas rudimentarias.

Nos impulsa así mismo el amor á este bello país tan favorecido por la naturaleza quanto infortunado por los embates de las malas pasiones, y de los perniciosos hábitos y tendencias que engendra el monstruo multiforme de la política; y la conviccion de que una vez implantada en este suelo, ha de producir inmensa cosecha de beneficios, tanto en el órden moral quanto en el intelectual.

Sabemos bien, que las ideas nuevas suelen ser mal recibidas, y aun el blanco de ataques ardientes en que el sarcasmo, la calumnia y la bufoneria hacen el mayor gasto.

A maravilla tendríamos que el Espiritismo hubiese escapado de esos chubascos de injurias e impertinencias; así es que no nos ha admirado el oír prodigar los epítetos de visionarios, zoncos, locos, etc., á los que creemos en él, por los que ocupándose del mismo, han confesado con la mayor candidez y pureza de ánimo que no lo habían estudiado.

Como alguno que se ocupa de espiritismo lo ha observado con mucha oportunidad, la calificación de loco es la que parece mas especialmente reservada á todo promotor de ideas nuevas, así es que Galileo fué tratado como tal por que fué el primero que proclamó, que la Tierra giraba al rededor del Sol; tambien se tuvo por mentecato á Colon cuando profetizaba un nuevo mundo; Fulton el descubridor de la potencia y aplicación del vapor, y Frauklin el de la teoría del pararrayo, y el que explicaba las propiedades de la electricidad ante una corporación de sabios, la flor y nata de la ciencia de su época veian con dolor y asombro, dibujarse la sonrisa de la compasión, ó la del sarcasmo de los labios de esos mismos sabios, que los consideraban poco menos que á orates; no obstante que las peregrinas teorías de estos hombres tan mal juzgados, debían hacer en el mundo una gran revolución ensanchando el dominio de las ciencias, y ejerciendo una inmensa influencia en la civilización, en la navegación, en el comercio y hasta en la política.

Como loco fué tratado tambien el divino regenerador de la humanidad, el demócrata por excelencia, el hijo del carpintero; y el Bautista, su precursor fué sacrificado á la venganza de los malvados, cuyos crímenes reprendia.

Pero en presencia de esos ejemplos y enseñanzas, lejos de desalentarnos, esperamos que nuestro ánimo ha de retemplarse para llevar a cabo nuestros propósitos.

El objeto de esta publicación será principalmente la explicación de la doctrina espiritista, la reseña y narración de las manifestaciones materiales, ó inteligentes de los Espíritus, evocaciones, noticias que tengan relación con esta doctrina, las ciencias, la moral, la inmortalidad del alma, la naturaleza del hombre, su porvenir, etc., etc.

Si bien esa parte fijará preferentemente nuestra atención, no esquivaremos la discusión científica por la prensa, siempre que á ella fuésemos impulsados, y á condición de que se guarde el decoro y las conveniencias que deben ser compañeras inseparables de toda disertación ó polémica sobre materias graves y trascendentales.

En ese palenque siempre nos encontrarán los adversarios de nuestra doctrina, prometiéndoles la más estricta reciprocidad, y sin otras armas que las del razonamiento sereno, las de la severa lógica, las de los hechos comprobados y las de sus corolarios ineludibles.

La lucha, será pues incruenta, y por consiguiente la victoria será más gloriosa, y mas soportable la derrota.

Las cuestiones sociológicas que se promuevan lejos de dañar el espiritismo, han de encumbrarlo y generalizarlo más y más, como ha sucedido en otras partes; una experiencia constante así lo enseña: y qué mucho que eso suceda cuando sus mismos detractores han contribuido sin pensarlo á llamar sobre él la atención general, en lo cual contra sus propósitos han prestado un gran servicio á la ciencia, demostrando que el asunto en sí es demasiado grave puesto que ha merecido, que jentes ilustradas se ocupasen de él?

Ahora que hemos dado cuenta á nuestros hermanos del camino que emprendemos, les rogamos se dignen coadyuvar á nuestra obra de enseñanza, y propaganda en cuanto les fuere posible; enviándonos sus observaciones, sus consejos y sus pensamientos escritos, pues la union de todos los esfuerzos y voluntades, ha de acercarnos rápidamente al resultado que afanamos.

Si de ese modo logramos consolar á los que lloran, dar fe y esperanza á los que vagilan en la batalla de la vida, y hacer reflexionar á los pretendidos felices de la tierra, que henchidos de soberbia y de egoísmo, son arrebatados al abismo por la vorágine de sus desaladas pasiones, habremos concurrido con nuestros atómicos esfuerzos a radicar en las conciencias la peregrina ley de la solidaridad universal, que entraña esta máxima sublime: **TODOS PARA UNO Y UNO PARA TODOS.**»

LA MÚSICA.

1.

¡Cuántas veces, pobre niño, he sentido una mágica protección que me elevaba! ¡Cuántas veces mi débil y naciente inteligencia se veía fortalecer y crecer, en alas de un celestial influjo!

Yó, tierno infante, forzado por la emoción, cruzaba mis pequeñas manos y doblaba aquellas rodillas que aún no se movían para andar....

Esta protección, este influjo, esta fuerza, eran los acordes del órgano, que en sus ondulaciones sonoras, llenando las altas bóvedas del templo, me hacían soñar grupos de ángeles, cuya intensa luz era la sombra de otra más clara, más ardiente aún, que era á su vez la penumbra de otra, donde no alcanzaban mis percepciones....

Mi pequeña imaginación se remontaba entre las nubes de incienso, hasta descubrir á Aquél, que amaba, y entonces, radiando mi alma toda la luz de sus reflejos, caía de hinojos embargado de alegría....

Era Él mismo; pero ya no le veía con un cetro de caña y una corona de espinas, entristeciendo mi amor; ya no era el Nazareno. Ahora estaba circundado de gloria, con corona de estrellas, con trono de luz y con alfombra de nubes, porque yo cogía para adornar aquella idea, que impresionaba mi espíritu, cuantas imágenes bellas había grabadas en mi existencia naciente.

Él era grande como el templo, fuerte como sus columnas, elevado como sus bóvedas, amoroso como el órgano, e impenetrable á mi vista como las nubes de incienso....

Sus alados serafines me los figuraba niños como yo, y poblaban mi fantasía, mientras en mi inocente afán luchaba por elevarme hasta ellos y por llamarlos mis hermanos....

¡Sería una triste realidad que aquel Dios justo me hubiese hecho á mí de un barro más basto!

Pasó aquella edad, en que soñando era feliz, y la muerte destruyó el conjunto armónico de mi hogar.

Ya no era aquel niño que juntaba sus manos y doblaba sus rodillas ante una luz que no comprendía.

Era el hombre que levantaba su atrevida frente, escudriñando la causa de su *hechura*; era el altivo, que paulatinamente subiendo en osadía, bajaba en realidad hasta confundirse con el polvo de la nada; era el materialista.

¡Ah! ¿Quién me sacó de este abismo? ¿Cuál había de ser el Jordán divino que purificase mi alma?

Una armonía lejana, dos notas en contacto, unos ayes de ternura desprendidos de lo que yo juzgaba materia solo, me transportaban á mis primitivos sueños, despertando la conciencia para desenterrar del cieno del alma mi remordimiento, y entonces fué cuando las lágrimas de mis ojos se evaporaron al calor de la esperanza....

¡Bendito sea Dios! ¡Bendita sea la música!....

II.

Quien diga que la armonía de los sonidos es puramente material, no ha sentido lo que sentimos los locos que soñamos con el alma.

Quien juzgue mi delirio una sobreexcitación de los sentidos, es el verdadero loco, por querer juzgar y sentir mejor que yo, lo que á mí me pasa.

Es el verdadero loco, porque le falta el sentimiento, siendo así que el sentimiento es la cordura del corazón.

Nosotros, pobres habitantes de la Tierra, nos hallamos rodeados por todas partes del misterio, y asistimos con ojos estúpidos al panorama de la creación, sin comprender una palabra.

Cada impresión es un mundo desconocido, que nos dice: «Prostérnate y adora.»

Tocamos la costra de nuestro planeta, aspiramos su ambiente, pero, alzando la vista, llegamos á ese azul que se vé y no se toca y le llamamos cielo.

Esta palabra quiere decir: desconocido, misterioso, incógnito.

Lo mismo sucede en toda clase de sensaciones; nos conducen al elevarse á un punto que no está á nuestro alcance, á eso, que se siente y no se explica, y es que toda clase de sensaciones tiene su cielo.

El azul del primero es el tinte imperceptible en que está bañada nuestra atmósfera y forma el velo que limita la osadía de nuestras miradas, así como el sentimiento que produce la música forma el límite de lo compatible con nuestra existencia material.

Cada molécula de aire deposita en nuestra retina una parte infinitamente pequeña de ese azul; así, como en cada sonido va envuelto el germen de ese deleite divino que forma como el cielo azul de la música.

Con nuestros sentidos nos ligamos á la *belleza* (que no es otra cosa lo que llamamos cielo) y con ella nos elevamos, en pos de nuestro entusiasmo ardiente, en pos del amor á lo desconocido, afán del progreso incrustado en nuestro ser....

Pero nuestros sentidos son finitos, y al llegar á un límite, la belleza, que no tiene término, sigue más adelante, mientras desde aquel contemplamos cómo se separa de nosotros, cómo se aleja y cómo se pierde....

¿Porqué es más bello un cielo de nubes de carmin, que el mismo cubierto con el negro velo de las tormentas?

¿Porqué agrada más una música armoniosa, que otro cualquier ruido?

Hé aquí los secretos de la belleza.

Hé aquí el lenguaje que no acertamos á interpretar ni traducir; hé aquí ese idioma extranjero, del cual comprendemos tan pocas palabras.

Lo bello, lo sublime, lo agradable, son otras tantas expresiones de la idea de la Divinidad, cuyo reflejo en nosotros es el sentimiento del bien.

La belleza es sólo una forma.

La belleza es como la *fisonomía del amor*.

La belleza es la armonía; armonía en los sonidos, armonía en los colores, armonía, en fin, en toda clase de impresiones.

Pero, ¿qué es la armonía?

Un conjunto de fuerzas que se auxilian, que se aumentan, que se protejen; la unificación de varias fracciones que se complementan; el desarrollo, la interpretación de la idea del Creador; en una palabra: «la belleza.»

Nosotros, pobres pigmeos, en vano intentamos salir de este círculo vicioso, contentándonos con adorar, con esa fe racional, con esa fe pura, que hace grandes á los pequeños.

No son bellas las sensaciones por lo que son, sino por lo que dicen.

No es bella la aurora por su luz, sino por la del sol que anuncia; no es bella la luz del sol por sí, sino por la vida que supone; no es bella la vida en su manifestación, sino por la inteligencia que la anima, y no es bella la inteligencia, sino por el Dios que la crea.

Y estas escalas relativas de todas las sensaciones, convergiendo á un mismo punto, son otros tantos rayos, que, desprendidos de la infinita esencia del Creador, forman la Creación infinita.

III.

Esas vibraciones que, á medida que las oímos, nos van elevando de grado en grado, no son suficientes para explicar el éxtasis que proporcionan y no hacen mas que descorrer el velo que nos separaba de ese algo desconocido, que hemos llamado cielo.

Las notas son golpes materiales que nos agujonean, que nos espolean y que nos empujan la pesada máquina del cuerpo, hacia la atmósfera espiritual que se cierne sobre nosotros.

A veces un sonido basta para recordar un poema de venturas, y, otras veces, este mismo sonido, hace brotar lágrimas de dolor ante una siniestra memoria.

Esto indica que la causa del sentimiento no está en la música, cuyo efecto es casi tan material como los pases de un magnetizador.

De la pasada dicha, de esos momentos tan contados de placer que tenemos en este mundo, la memoria ingrata nada nos recuerda; pero si acaso oímos alguna música, oída en ellos, el alma se transporta al pasado, el tiempo retrocede, y no sólo goza lo

que entonces gozaba, sino mucho más, porque en la actualidad vé las imágenes mucho más puras y el todo infinitamente más bello.

En cambio una música muy oída deja de agradarnos; las notas se oyen de la misma manera, pero aquel celestial encanto que nos causaba, no tenía nada que ver con el oido.

Nadie negará estos efectos de la música; que, si alguien los pone en duda, buen cuidado tiene de callárselo, porque al decirlo, no rebaja a la música, se rebaja á sí mismo.

La historia lo tiene escrito.

Aquella mágia arrebatadora, simbolizada en el Orfeo de la fábula, aquel misterioso encanto de las Ondinas, de las Neréidas y de las Sirenas, que atraía como el imán al hierro, aquella armonía inexplicable del canto del cisne y armonioso coro de las deidades del Helicon, formaban para los gentiles el concierto armónico del cielo, presentido por sus poetas, al lado del cual se eclipsaba la pobre música de la Tierra en los agrestes instrumentos de los sátiro, los faunos y los silenos, en el canto de las báantes, y en las nueve hijas de Piero, que se atrevían á desafiar á las musas.

Sin embargo de esto, también los hombres procuraban endulzar sus sonidos imitando á sus dioses.

Safo, Práxila, Miro, Erína, Anita, Telésina, Corina, Nosida y Mirtida, formaban las nueve musas mortales, en cuyo centro descuella en la historia la laureada cabeza de Homero, del divino Homero, que haciendo nacer de la música su hija la poesía, era el Apolo de los hombres, dios de la una y de la otra.

También sentían su influencia los hebreos, cuando en medio de la armonía de sus canciones tributaban alabanzas á Jehová, y cuando herían el aire con dulces vibraciones los salmos del que fué profeta y rey.

Toda la historia, en fin, es una alabanza á ese lenguaje celeste, donde escriben uno á uno su nombre los génios que han brillado; toda la historia patentiza su mágia, pero cuando adquiere un explendor glorioso, cuando asombra más y más al hombre, como remunerando una falsa civilización que lo materializa más y más, es en los últimos siglos.

Mozart, Bellini, Bethoven y tantos otros sacerdotes de la armonía, cuyos sagrados nombres llenarian muchas páginas, han extendido el fuego ardiente, que ha de depurar á la sociedad cristiana....

¿De qué no es capaz ese lenguaje, que con la combinación de siete notas nos dá la mayor idea del infinito?

IV.

Los católicos, creyéndo sin duda que la música está en los sonidos, han poblado su gloria de orquestas que funcionen por toda eternidad (1).

(1) Esta creencia no es dogmática, pero supuesto que, efectuado el juicio final, los cuerpos de los santos van á la gloria, no deben despreciarla los teólogos si es que quieren darles algún entretenimiento.

Semejante monotonía hace que los creyentes deseen tan poco su paraíso como temor les inspira su infierno.

Lo mismo se concibe que se cansará el bienaventurado de su cielo, como llegará á acostumbrarse á sus tormentos el réprobo.

El criterio humano, justo, como en todas las cosas, con aquella creencia, designa hoy dia con el calificativo de *música celestial* todo lo que mete mucha bulla, sin ser nada en sustancia.

Sin duda, los que arreglaron esa mitología tenían la intuición de la existencia de una armonía, que pueden sentir los desencarnados y que nosotros hemos dado en llamar «música celeste,» aun cuando el nombre de sonido debe concretarse á la sensación que nos trasmite el aparato auditivo.

Consecuente con esto, el efecto de nuestra música es casi tan pasajero como nuestros oídos materiales, y, como prueba, nosotros hemos observado que á las reuniones espiritistas, en que se mezcla la música, por muy sublime que esta sea, no descienden á ella, en general, sino espíritus de esos que acostumbran á ocultarse bajo los nombres más respetables y más queridos....

V.

Permitidme aventurar algunas hipótesis sobre la música celeste, sobre esa armonía divina de la cual la nuestra es un débil recuerdo ó una naciente prescincencia, y disculpen mis malas dotes los errores que en ellas se adviertan, pues no sirven sino para llamar la atención sobre este punto tan importante de la ciencia espiritista.

El vacío no existe.

Esas inmensas distancias de globo á globo están llenas de algo.

A este algo le llamó Descartes *torbellinos*; la cosmogonía moderna le ha llamado éter.

Sea lo que fuere, este algo ocupa un espacio que le es propio, puesto que *lleva vacío*.

En él está sumergida la creación como nosotros en la atmósfera, como los peces en el océano.

Al efectuar un mundo su eterna carrera, producirá, sin duda, algún movimiento en ese éter, desalojándolo de las distintas posiciones que ocupe en el espacio.

Las ondulaciones del éter son causa de todos los fluidos, y los fluidos son causa de todas nuestras sensaciones.

Luego aquel movimiento, aquellas ondulaciones que ocasionen los mundos en esa sustancia elemental, deben ser sensibles para quien esté en medio de ellas,

No de otro modo llega la luz hasta nuestro planeta, no de otro modo puede uno darse razón de la luz que, en el espacio y junto á si, produce la marcha menos regular del cometa.

Como los movimientos de los mundos son la más perfecta armonía, se concibe muy bien cuán armónicas serán aquellas sensaciones,

Este es el canto de los mundos; este es el himno de Pitágoras; este es el inmenso coro, en que toma parte la creación entera.

Mientras semejante ideal no se realiza, no hubiera que culpar á los católicos del aspecto teatral de sus templos sino se mezclase la idolatria en ciertos actos.

Nuestra música es un culto, que, si bien no á propósito para hacer descender á seres superiores hasta nosotros, nos sirve para hacernos elevar hasta ellos.

Todos nuestros bienes son pobres, pero la música es el ménos pobre que poseemos.

No hacemos mal en ofrecerle á Dios nuestra pobreza, con la esperanza de que nos dé en cambio, días más venturosos y armonias ménos materiales.

Deben, pues, tener entendido los católicos que con *La Caritá* ó *El Stabat Mater* de Rossini se adora mejor que rezando el rosario y que salmodiando la letanía lauretana.

Confiesen de una vez que tienen su culto manchado con ciertas prácticas, muy buenas entre los druidas y los güebros; compatibles todo lo más con el islamismo. Conozcan de una vez que quitándolas, juntamente con esos dogmas que nos han legado los siglos inquisitoriales, hacen de su religion, la religion más pura, la más perfecta, la más ideal y la más sublime.

¡Dios quiera que esto se cumpla! Y entonces volveré á las catedrales á adorarle entusiasmado; á iluminar mi alma con el brillo de las luces; á elevarla á sus regiones entre las nubes de inciense, y á gozar de sus encantos en el cielo de la música!!....

ENRIQUE LOSADA.

DISERTACIONES ESPIRITISTAS.

¡CARIDAD!

(Barcelona 2 Junio de 1872.)

MÉDUM J. A. y H.

¡Caridad!... esa palabra que tanto resuena en vuestro oido, que tanto pronuncia vuestro labio, es el conjunto del amor más puro, de la más perfecta armonía.

«Sin caridad no hay salvacion.» Lema distintivo de la regeneradora doctrina del Espiritismo, y ¡cuánta verdad es lo que ese lema significa!... Si, hermanos mios; la caridad es el único punto en que debeis apoyaros para fortalecer vuestro Espíritu; con caridad y nada más, podréis cruzar, sin ensangrentar vuestras plantas, el espinoso camino de vuestra misión impuesta, ¡y por qué? porque la caridad es la madre bienhechora que nos guia en nuestras tribulaciones; ella tiende su mano cariñosa al desvalido, y le conforta ante el peligro. ¡Ah! ¡de cuántas virtudes viene rodeada esa hermosa caridad, emanación benéfica del Hacedor!...

¡Caridad! consuelo del afligido, bálsamo benéfico, esperanza del naufrago, todo lo

eres, todo lo encierras en tus anchurosos pliegues, do se cobijan el infortunio y la miseria. Tú eres la paz; tú eres la aurora del venturoso dia; tú alegras al corazon que llora, tú le enseñas á esperar en ese Sér incomprendible que todo lo puede, que todo lo allana... Por tí se abren las flores, por tí cantan en la enramada las inocentes ave- cillas; todo en tí es apacible; todo en tí es amor, porque tú reunes todas las afeccio- nes que consuelan y alegran al Espíritu...

Yo, pues, te saludo, ¡oh caridad sublime! suplicándote, en nombre del Señor, no dejes de alentarnos á todos, a todos en general.

ISABEL.

LAS VACACIONES.

(Barcelona 4 de Ago.to de 1872.)

MEDIUM L. M.

Despues de esta digresion permitidme solo dos palabras.

Vuestro Director lo ha dicho: Concluye el perido de sesiones para entregarlos al descanso por algun tiempo, pero vuestras vacaciones serán dignas de los espiritistas, puesto que tratais de ocuparos en la realizacion de un gran pensamiento.

¡La caridad! esta palabra sublime que abarca todo cuanto de grande existe, formará la base de lo que intentais realizar.

Sed perseverantes y consecuentes en vuestro propósito. Contradictores no os han de faltar, pero tampoco careceréis de la asistencia de vuestros amigos, de vuestros hermanos desencarnados, que coadyuvarán con el mayor placer alentándoos en la reali- zacion de un pensamiento de cuyos beneficios no solo habeis de gozar vosotros, si que tambien la humanidad que es vuestra hermana.

Por lo demás, durante el período de sesiones, habeis tenido ocasion de admirar la bondad é infinita misericordia de Dios.

La asistencia de los buenos Espíritus jamás os ha faltado cuando os habeis reunido en santa comunión de pensamientos.

Lecciones saludables llenas de amor y de esperanza para el porvenir del Espíritu, se os han prodigado, dándoos los medios para saber rechazar los embates de las pasiones mundanales.

La moral en todas sus fases ha sido desarrollada á vuestro alcance y demostrada hasta la evidencia la bondad de la doctrina.

Que durante las vacaciones, no mengüe en vosotros la fé en el espiritismo. Que la moral, antorcha luminosa que ensancha la inteligencia y eleva al Espíritu más allá de las miserias humanas, sea vuestra guia, y cuantas enseñanzas hayais adquirido con la práctica de las evocaciones, queden indelebles en vuestro corazon y en vuestra mente.

Sed humildes: no os desdeñéis de confesar vuestros errores y aquél que en un momento de sobreexcitacion, dominado por las pasiones, tenga la debilidad de ofender á otro, faltando al principio de indulgencia y de amor, que se arrepienta, y al sentirse acusado por la voz de la conciencia, que sea fuerte y tenga abnegacion para conseguir la benevolencia y alcanzar el perdon del ofendido.

Este es vuestro camino; si de él os apartais sereis desgraciados. Sed consecuentes y firmes en vuestra marcha y despues de vuestra transicion, cuando el Espíritu se sentirá transportado al estado libre, podreis medir la inmensa dicha que lloverá sobre vosotros.

Nada más, queridos mios; recibid todos un cordial y sincero abrazo de vuestros hermanos desencarnados.

UNO DE VUESTROS ESPÍRITU S PROTECTORES.

De nuestro nuevo colega *La Ilustracion Espírita* de Méjico, tomamos la siguiente comunicacion:

LOS MUNDOS

OBTENIDA EN MEXICO EL 9 DE ABRIL DE 1872.—MÉDUM, P. C.

La inmensidad extiende ante la vista maravillada su espléndido manto sembrado de chispas diamantinas, de limpidos brillantes que iluminan al sér humano el camino que Dios le ha trazado para la eternidad.

Al contemplarla, el espíritu absorto medita, reflexiona, se pregunta á sí mismo qué son esos bellísimos luminares que irradian en la profundidad inconmensurable de los cielos; ¿para qué han sido creados? ¿cuál es su objeto? ¿su destino? ¿qué misión les ha sido confiada por la Divinidad?

Dos mil años há, algunos de los filósofos de la época comenzaron á entrever la verdad; la doctrina de la Pluralidad de Mundos comenzó á discutirse; se les llamó visionarios, locos; pero la ciencia no abandonó la idea y siguió sus estudios con perseverancia.

En la edad media, cuando la astronomía había hecho mayores progresos, los hombres más célebres, las notabilidades científicas, admitian la doctrina como verdadera, seguian estudiando, y aun cuando la generalidad les llamaba soñadores, la idea continuaba germinando y adquiriendo más y más prosélitos hasta que al fin ha venido á ser una verdad demostrada, apoyada y explicada hasta la casi evidencia, por la astronomía, la física y la química unidas á la analogía que las apoya para hacer admitir al Espíritu humano como un axioma, lo que antes consideraba como deducciones é hipótesis más ó menos verosímiles.

En los planetas todos que giran alrededor del Sol, foco de la vida, puede observar el hombre, los años, los meses, los días, el cambio de estaciones, las atmósferas, las nubes, los continentes, etc., etc. El pensador profundo y el hombre más sencillo se apoyan en la analogía y sacan la consecuencia única, precisa y lógica que es sólo posible. Si uno de estos planetas está habitado y los otros se encuentran en las mismas condiciones, no hay una razon para que ellos no lo estén tambien. La tierra no tiene

nada que la haga superior á los demás, y sí por el contrario muy inferior á los principales astros del sistema; por consiguiente, si aquí la vida se desarrolla hasta en el átomo más pequeño, si se puebla una gota de agua con millones de infusorios, la hoja de la planta con multitud de seres invisibles, y no hay, en fin, un solo punto en que la tierra, la materia, no estén habitados, si la vida todo lo anima, si todo palpita bajo el soplo Omnipotente, la razon, la lógica y la ciencia que las ayuda, nos obliga á confesar que es natural, preciso e indispensable que los demás planetas estén también habitados, y que la vida desenvuelva allí su magnífica esplendidez, poblando de millones de seres esos brillantes palacios que se mecen cantando sobre el zafir de nuestra atmósfera.

Del sistema solar pasemos á los sistemas estelares. Allí la naturaleza, bajo el alito supremo de Dios, se presenta más grandiosa, más inconcebible aún á vuestra pequeña y raquítica imaginaciou; la Eternidad sigue desplegando sus inmensas alas, las sábanas de luz se suceden, la extensión inmensurable continúa, y continúan los mundos y los soles, y los abismos de la Eternidad nunca concluyen. El infinito de la vida desarrolla allí como aquí sus eternas maravillas, y Dios, lleno de amor y de bondad, contempla la creacion escuchando los quejidos del átomo, la voz luminosa del sol y la oración dulcísima que le levanta palpitante el Espíritu humano.

Cada sol es el centro de un sistema; á su rededor marcha amante y cariñosa su familia de planetas; en cada una de esas esferas se canta un poema distinto á la Divinidad; esos cánticos bellos que elevan los mundos, forman el conjunto de armonías de la creacion, que se llama el Concierto Universal.

La vida con su soplo vivificante anima á todos esos orbes planetarios; los seres en la Universalidad variados hasta el infinito en su parte física y moral, con una inteligencia mil y mil veces más desarrollada, siguen estudiando las leyes del progreso para continuar subiendo por la escala gigantesca de la inmensidad.

Y los espacios siderales continúan enseñando más cielos y más cielos; sobre su aterciopelada bóveda aparente se ven brillar millones de diamantes; son las lágrimas puras de amor que brotan de los divinos ojos del Señor.

Los soles y los mundos que pueblan el infinito están llenos de vida; el éther sin fin de la extensión oscura, enseña al que lo estudia la obra más magnífica de Dios. ¡Que el orgullo humano caiga hecho polvo ante la divina irradiacion de la verdad!

¿Cómo se comprende mejor á la Divinidad? ¿Cómo se admira más su Omnipotencia, contemplando el Universo y comprendiendo lo que es, ó reduciéndolo á ese pequeño átomo impalpable que flota perdido en el vacío y que se llama Tierra?

Seamos frances con nosotros mismos, la doctrina de la Pluralidad de mundos no necesita demostrarse, es una verdad que el Espíritu admite sin resistencia: ella explica la Omnipotencia infinita del Creador; negarla sería querer disminuir los atributos de la Divinidad, su potencia creadora su inmensa sabiduría y su perfección. Una vez admitida esta idea, la inteligencia no puede rechazarla nunca, el imperio de la razon se establece, el sentimiento habla admirando la Fuerza del Gran Sér y el alma se arrodilla levantando su himno hasta su Dios.

¡Oh vosotras! humanidades hermanas que habitais los astros y os paseais por los

cielos! vosotras que como nosotros vagais por los piélagos inmensos del espacio, caminando incesantes para la Eternidad, seguid benditas siempre y cuando llegueis á contemplar á El, ofrecedle el humilde homenaje de mi alma y el perfume santo que brota de mi corazon!

¡Humanidad! estudia! la ciencia te dará la religión; cuando contemples la naturaleza arrodilla tu alma porque estás viendo la obra de tu Señor; eleva tu pensamiento, murmura tu oración, porque la plegaria del Espíritu, atravesando el infinito, llega siempre al Creador.

UN ESPÍRITU AMIGO.

Méjico, Abril 9 de 1872

VARIEDADES.

LAS PARADOJAS DE LA CIENCIA.

Lúmen.

RELATO DE ULTRA-TIERRA, POR CAMILO FLAMMARION.

(Conclusion.)

Sitiens.—¡Vos mismo!

Lúmen.—¡Yo mismo! Con mis rubios cabellos ensortijados, mi camisa, bordada de manos de aquella madre que acababa de sacudirme mi blusita azul celeste, y mis mangas siempre ajadas. Yo era, yo era sin duda, el que estaba allí; el mismo niño cuya imagen medio borrada habeis visto en la miniatura que estaba sobre mi chimenea. Llegó mi madre, me cogió en sus brazos, riñendo á mis compañeros, despues me condujo por la mano á nuestra casa, situada entonces en la abertura actual de la calle de Ulm. Despues vñ que, habiendo recorrido la casa, nos encontramos ambos con una numerosa compañía en el jardín.

Sitiens.—Maestro, perdonadme una reflexión crítica. Os confieso que me parece imposible que uno pueda verse así á sí mismo! Vos no podeis ser dos personas. Puesto que teníais setenta y dos años, vuestro estado de infancia había pasado, desaparecido, desvanecido hacia mucho tiempo. Vos no podeis ver una cosa que no existe. Al menos, yo no puedo comprender que siendo viejo os viérais á vos mismo en la edad de la infancia.

Lúmen.—¡Qué razon os impide admitir ese punto con el mismo título que los precedentes?

Sitiens.—La de que uno no puede verse doble, á un tiempo niño y anciano.

Lúmen.—No reflexionais bastante amigo mío. Habeis comprendido bastante bien,

el hecho general para admitirlo; pero no habeis observado suficientemente que este último hecho particular entra absolutamente en el primero. Admitís que el espacio de la tierra emplea setenta y dos años en llegar hasta mí, ¿no es eso? ¿Que los acontecimientos no me llegan sino en ese intervalo de tiempo, después de su actualidad; en una palabra, que veo el mundo tal cual era en aquella época? Admitís tambien que, viendo las calles de aquella época, veo al mismo tiempo los niños que corrían entonces por las calles; ¡queda esto admitido!

Sitiens. —Enteramente.

Lumen. —Pues entonces, puesto que veo ese tropel de niños, y puesto que entonces formaba yo parte de aquel tropel, ¿por qué quereis que no me vea á mí propio lo mismo que veo á los demás?

Sitiens. —¡Pero si vos no estabais ya entre aquel tropel!....

Lumen —Otra vez lo repito: tampoco ese tropel existe ya. Pero lo veo tal cual existia en el instante en que partió el rayo luminoso que me llega hoy. Y puesto que distingo los quince ó diez y ocho niños que lo componen, no hay razon para que desaparezca el niño que era yo, porque sea yo mismo quien lo mire: otros observadores lo verian en compañía de sus camaradas: ¡por qué quereis que haya una excepcion cuando soy yo quien los miro! Los veo á todos, y á mi con ellos.

Sitiens. —Yo no habia apercibido enteramente. Es evidente que, al ver un tropel de muchachos de que formais parte, no podeis dejar de veros á vos mismo, tambien como veis á los demás.

Lumen. —¡Comprendeis ahora la extraña sorpresa que debió causarme semejante vista! Aquel niño era yo mismo, en carne y hueso. Era yo a la edad de seis años. Yo me veia, tan perfectamente, como me veia la compañía del jardín que jugaba conmigo. Aquello no era un espejismo, ni una vision, ni un espectro, ni una reminiscencia, ni una imagen: era la misma realidad, era positivamente mi persona, era mi pensamiento, era mi cuerpo. Yo estaba allí ante mis propios ojos. Si mis demás sentidos hubieran tenido la perfeccion de mi vista, pareciamos que hubiera podido palparme ó oirme. Yo saltaba por aquel jardín, y corría al rededor de los balaustres que cercaban aquella fuente. Algun tiempo despues, mi abuelo me sentó en sus rodillas y me hizo leer en un gran libro. ¡Renuncio, renuncio á describir aquellas impresiones! Os dejo el cuidado de experimentarlas por vos mismo, si os habeis identificado lo bastante con la realidad física de este hecho, y me limito á declarar que nunca cayó sobre mi alma sorpresa semejante á aquella. Una reflexion, más que ninguna, me aturdia. Yo me decia: ese niño, sin duda ninguna, soy yo mismo. Está realmente vivo. Crece, y debe vivir aun setenta y dos años. Yo soy él y él es yo. Y por otra parte, yo, que estoy aquí con setenta y dos años terrestres; yo que pienso y que veo estas cosas, tambien soy yo mismo, y tan yo como ese niño. ¡Soy dos! Abajo, allá en la tierra; arriba, aquí en el espacio. Dos personas completas, una misma, y muy distintas. Los ancianos de la montaña podrian ver ese niño en el jardín, como lo veo yo, y verme tambien aquí. ¡Soy dos, soy dos! Esto es incontestable. Mi alma está en ese niño; está tambien en mí: es la misma alma, mi única alma: y anima, sin embargo, estos dos seres: ¡Extraña realidad!... Y no puedo decir que me engaño, que estoy alucinado, que una ilusion

óptica me engaña. Por medio de la naturaleza y de la ciencia, me veo á la vez niño y anciano, y allí y aquí.... Allí negligente, alborozado; aquí pensativo y commovido.

Sitiens.—¡Extraño es, en verdad!

Lumen.—Y positivo. Buscad en la creacion entera á ver si encontrais una paradoja más formidable que esa. ¿Qué mas añadiré á mi relato? Así me seguí, creciendo en la vasta ciudad parisienne. Me ví en 1804 entrando en el colegio y haciendo mis primeras armas en el momento en que el primer cónsul se coronaba con la dignidad imperial. Reconoci aquella frente dominadora y pensativa de Napoleon, un dia en que pasaba una revista en el campo de Marte. No recuerdo haberlo visto durante mi vida y estaba satisfecho al verlo pasar por mi campo actual de observacion. En 1810 volví á verme en la promocion de la escuela politécnica, y me ví hablando en cátedra con el mejor de los condiscípulos, Francisco Arago. Este jóven era ya del Istituto, y reemplazaba á Monge en la escuela, á causa del jesuitismo de Binet, de quien se había quejado el emperador. De aquel modo, me encontraba en el seno de los brillantes años de mi adolescencia, y de los proyectos de viaje de exploracion científica en compañía de Arago y de Humboldt, viajes que solo este se decidió á emprender. Mas tarde me apercibí subiendo rápidamente la calle de los Mártires, pasando clandestinamente bajo los molinos de viento de Montmartre. Y veia tambien á mi querida Berta acudiendo á recibirmé bajo las lilas en flor. Dulces horas de soledad para los dos, confidencias del corazon, silencios del alma, trasportes del amor, correspondencias de la tarde, os ofrecisteis á mi asombrada vista, no ya como un recuerdo lejano y velado, sino en vuestra actualidad absoluta! Asistía de nuevo al combate de los aliados sobre la colina, á su descenso á la capital, á la caida de la estatua de la plaza Vendome, arrastrada por las calles con gritos de alegría, al campamento de los ingleses y de los prusianos en los Campos Elíseos, á la devastacion del Louvre, al viaje de Gand, á la vuelta de Luis XVIII. El pabellon de la isla de Elba flotó á mis ojos, y más tarde, buscando en el Atlántico la isla solitaria en donde el águila estaba encadenada, con las alas rotas, ví al emperador soñando al pie de un sicomoro. Así pasaron los años ante mí. Al mismo tiempo que seguía mi propia persona, en mi matrimonio, en mis empresas, en mi vida de relacion, en mis viajes, en mis estudios, asistía al desarrollo de la historia contemporánea. A la restauracion de Luis XVIII sucedió el Gobierno efímero de Carlos X. Las jornadas de Julio de 1830 me enseñaron sus barricadas, y no lejos del trono del duque de Orleans, ví aparecer la columna de la Bastilla. Estos diez y ocho años pasaron rápidamente. Un dia me apercibí en el Luxemburgo, en la época en que se abrió esta magnifica avenida que tanto quiero, y que un decreto reciente amenazaba. Volví á ver a Arago en el Observatorio, y la muchedumbre silenciosa que por la noche se agrupaba á las puertas del nuevo anfiteatro. Reconocí la Sorbone de Cousin, de Guizot. Despues se apretó mi corazon al ver pasar el entierro de mi amada madre. La singular revolucion del 48 me sorprendió tan vivamente como cuando fui testigo de ella. Recorri en la plaza de la Bolsa á Lamoriciére, enterrado el año pasado, y en los Campos Elíseos á Cavaignac, muerto hace cinco ó seis años. Desde mi estacion celeste fui observador del 2 de Diciembre, como lo había si-

do en la tierra desde mi torre solitaria, y sucesivamente desfilaron así acontecimientos que ya me habian conmovido, y otros que no me eran conocidos.

Sitiens.—¿Pasaron rápidamente ante vos esos sucesos?

Lumen.—No sabre apreciar la medida del tiempo; pero todo este panorama retrospectivo se sucedió seguramente en menos de un dia... tal vez en algunas horas.

Sitiens.—Pues entonces nada entiendo. Perdonad a vuestro antiguo amigo esta indiscreta interrupcion; mas segun lo que yo me habia imaginado, pareciamos que eran exactamente ellos mismos los acontecimientos que veias y no un vano simulacro. Pero, en virtud del tiempo necesario al trayecto de la luz, esos sucesos estaban en re-tardo respecto al instante de su realizacion. Si, pues, han pasado ante vuestros ojos 72 años terrestres, debieron emplear exactamente 72 años en presentárseos, y no algunas horas. Si el año de 1793 no se os aparecia sino el de 1864, en cambio, el de 1864 no deberia, por consecuencia, aparecerseos mas que en el de 1936.

Lumen.—Es fundada vuestra nueva objecion, y me prueba que habeis comprendido bien la teoria de este hecho. Os agradezco que me la hayais formulado; ahora voy á explicaros cómo no me fué necesario esperar otros 72 años para ver otra vez mi vida, y cómo, bajo la impulsion de una fuerza inconsciente, he vuelto efectivamente á verla en menos de un dia. Al continuar siguiendo a mi existencia, llegué á los últimos años, notables por la transformacion radical que Paris ha experimentado; vi nuestros últimos años, y os ví á vos, á mi familia y á mis conocidos, y finalmente llegó el momento en que me ví acostado en mi lecho de muerte y en donde asistia á la última escena. Esto es deciros que yo habia vuelto á la tierra. Atraida por la contemplacion que la absorvia, mi alma habia olvidado pronto la montaña de los ancianos, y Capella. Como le sucede á veces cuando sueña, el alma volaba hacia el objeto de sus miradas. No me apercibí de ello al principio, porque la extraña vision cautivaba todas mis facultades. Yo no puedo deciros porqué ley ni porqué poder pueden las almas transportarse tan rápidamente de un lugar á otro; pero la verdad es que yo habia vuelto á la tierra, en menos de un dia, y que penetré en mi alcoba en el momento mismo de mi entierro. Puesto que en este viaje de retorno iba yo delante de los rayos luminosos, y acortaba sin cesar la distancia que me separaba de la tierra, la luz tenia cada vez menos camino que recorrer, y estrechaba, por tanto, la sucesion de los acontecimientos. Hallándome á medio camino los rayos luminosos de solo 36 años, no me enseñaban ya la tierra de 72 sino 36 años antes. A las tres cuartas partes del camino, los aspectos solo tenian un retardo de 18 años. A mitad del ultimo cuarto, me llegaban sólo 9 años despues de haber pasado, y así sucesivamente: de modo que la serie entera de mi existencia se condensó en menos de un dia, por efecto del rápido retorno de mi alma yendo delante de los rayos luminosos.

MISCELÁNEA.

El Espiritismo en América.—Dos nuevos periódicos espiritistas hemos recibido del otro lado del atlántico, desde que dimos á luz nuestro último número. El uno es de Montevideo, y lleva el mismo título que esta publicación: *REVISTA ESPIRITISTA, periódico de estudios psicológicos, publicada por la Sociedad espiritista Montevideana*; el otro aparece en Méjico, y lleva por título, *LA ILUSTRACION ESPÍRITA, periódico consagrado exclusivamente á la exposicion y propaganda del Espiritismo*. Esto nos complace sobre manera, pues nos demuestra los progresos que ha hecho en aquellos paises, la bella doctrina que profesamos; y la creacion de los periódicos espiritistas de que hacemos mencion, nos hace creer que contribuirá en mucho á extenderla todavía más.

Los progresos que ha hecho el Espiritismo, son verdaderamente notables. Apénas hace 15 años que nuestro venerable maestro Allan Kardec, publicó el primer libro, dando un cuerpo de doctrina que explica los millares de hechos acaecidos en todos tiempos y todos paises, tenidos hasta entonces por sobrenaturales, y el Espiritismo cuenta ya por millones sus partidarios; el número de libros que sobre esta nueva ciencia se han escrito, es ya considerable; los periódicos dedicados á su propagacion ven la luz en diversos paises, Francia, España, Italia, Bélgica, Inglaterra, Austria, Prusia, Estados Unidos, Brasil, Méjico, Uruguay, y hasta en las remotas playas australianas, en Melburne, tiene la prensa periódica espiritista su representante en *The Harbinger of Light* (El Mensajero de la luz).

¿No son elocuentes estos hechos? ¿Qué doctrina ha hecho el número de adeptos que hoy cuenta el Espiritismo, en tan corto tiempo? Y es que la verdad es como la luz, es evidente para todos, por más que algunos cierren los ojos para no verla.

Es en vano que se le pongan trabas al Espiritismo, ha de propagarse y se propagará; ha de inundar con sus benéficos efluvios el mundo entero, y lo inundará.

En otra parte de este número hemos insertado un artículo de nuestro colega de Montevideo, y una notable comunicacion obtenida en el círculo *La Luz* de Méjico, proponiéndonos dar aún á conocer á nuestros lectores otros trabajos no menos notables de nuestros colegas de allende los mares.

Reciban, pues, nuestros hermanos, tanto los de Méjico como los de Montevideo, nuestro cordial saludo, y la calurosa felicitacion que les enviamos.

Nueva publicacion.—*La Verdadera Doctrina Cristiana* que nos remitieron para su publicacion nuestros hermanos de la Habana, de la cual hicimos mencion en nuestro número de Junio, ha visto ya la luz pública, mereciendo los elogios de la prensa espiritista española segun pueden ver nuestros lectores, por los siguientes sueltos que tomamos de nuestros queridos colegas *El Espiritismo* de Sevilla y *La Revelacion* de Alicante.

He aquí lo que inserta *El Espiritismo* en su número del 1.º de este mes:

«La sociedad barcelonesa propagadora del Espiritismo acaba de publicar y de remitirnos un precioso catecismo de la *verdadera doctrina cristiana*, cuyo trabajo se debe á varios de nuestros hermanos de la Habana asistidos de sus Espíritus protectores.

«Guiados por el del P. Ripalda han venido nuestros hermanos guardando el mismo método en la composición de esta obra, pero descartando absolutamente todo lo que es ingerencia de la iglesia romana y dejando por consiguiente que luzca nada más que aquello que es de Cristo; no de otro modo pudiera con verdad aplicársele el calificativo de cristiana.

«Si el mérito del método no corresponde á los autores, no por eso dejaremos de hacer justicia en considerarlo como el más apropiado al fin que la obra tiene. En cambio la doctrina en ella vertida, doctrina espiritista que no es otra que la de Cristo desarrollada segun era de necesidad al estado de progreso en que las inteligencias se encuentran; está perfectamente propinada para servir de introducción al estudio del Espiritismo; y así como puede ser la base á la buena educación del niño que es lo que se pretende, puede tambien serlo á la regeneración del más avanzado en edad, que es el fin de la nueva revelación.

«Atendiendo á la idea que ha guiado á nuestros hermanos de la Habana no habrá quien no convenga en que acaban de prestar un gran servicio á la causa del Espiritismo. Tal vez sean ellos los últimos iniciados; pero han sido los primeros en cuidarse de preparar un alimento conveniente á aquellos por quienes el Cristo manifestaba tanta predilección: por los niños.

«Encarecemos á todos nuestros hermanos la adquisición y propaganda de la *Verdadera Doctrina Cristiana* escrita para los niños, y felicitamos de todo corazón á sus autores por su trabajo y desprendimiento, así mismo á la Sociedad editora por la cooperación prestada á un servicio de tanto interés.»

Por su parte *La Revelación* dice:

«Verdadera doctrina cristiana.»—Con este título, acaba de editar un folleto la SOCIEDAD BARCELONESA PROPAGADORA DEL E.SPIRITISMO.

«Esta obra, que se espende al ínfimo precio de 2 rs., ha de producir inapreciables beneficios en la propaganda de las verdades cristianas, limpias de interpretaciones y retorcimientos en la palabra de Jesús.

«Calcada sobre la del padre Ripalda, mejora en muchos puntos la explicación, varía las tendencias de secta y corrige los abusos teológicos en especialidad, la Teogonía. Ha sido obtenida medianímicamente en la Habana y en abril del presente año.

«Es un precioso resumen de la parte religioso-moral del Espiritismo, que los padres deben hacer estudiar á sus hijos, con el laudable fin, de preparar aquellas débiles inteligencias al conocimiento de las verdades morales, las que no pueden ir envueltas en las brumosas nubes del misterio, que ahoguen el pensamiento de los niños, los predilectos del Maestro.»

Pensamientos espiritistas. — No es el espiritismo, como se cree, patrimonio exclusivo de los que somos llamados espiritistas, porque al estudio más ó menos profundo de esta ciencia nos hemos dedicado, y porque á su propaganda consagramos una buena parte de nuestro tiempo. Nós, el Espiritismo, como todas las grandes verdades, brota en todas las conciencias que saborean el puro sentimiento de lo bello y de lo justo, y se manifiesta por todas las inteligencias que saben levantarse hasta la sublime concepción de lo verdadero. Tan cierto es esto, que con dificultad se hallaría un libro bien pensado y bien escrito, en el que no abunden ideas, pensamientos y párrafos enteros que el Espiritismo está hoy propagando casi con las mismas idénticas palabras. Pero dejemos á un lado estas consideraciones que habrían de llevarnos muy lejos, y concretémonos á un caso particular.

En el número correspondiente al primero de Agosto de este año de *La Ilustración Española y Americana*, bajo el título de *Serenata á una muerta*, y firmada por el distinguido poeta D. A. Hurtado, hemos leido con verdadero placer, una delicada composición poética en la cual abundan grandemente las ideas espiritistas. Hé aquí algunas de sus más tiernas estrofas:

• • • • •
Tanto pienso en tí despierto
y tanto sueño contigo
que ya no acierto á explicarme
si estoy despierto ó dormido.

Soñé anoche que vivías,
que estabas cerca de mí:
desperté, y estaba solo,
solo, despierto, y sin tí.

¿Qué géños son esos géños
que durmiendo nos engañan?
¡Si apenas pasa una noche
que no sueñe que me hablas!

Despierto, siempre estoy triste,
dormido siempre estoy bien;
y es que, de noche y dormido,
mis ojos te suelen ver.

¿Qué es lo que ocurre entre sueños
que no lo sé definir?
¡Es que vuela á tí mi alma!

ó la tuya viene a mí?

X Todas las noches, mi vida,
doy un beso á tu retrato,
y parece que tus ojos
me dicen siempre; *te aguardo.*

¡Ay! ¡Si vieras cuántas veces
ir por los aires te veo
con un angel en los brazos
que vas cubriendo de besos!

Dicen que tanto pesar
me hará al fin enloquecer;
no lo temas, sé esperar,
sé rezar, y sé creer.

Cuando las dudas me asaltan,
tu dulce imagen contemplo,
y parece que tus ojos
me dicen siempre: *hasta luego.*

Cuando en la region que habitas
al cabo nos junte Dios,
¡cuántas cosas, vida mia
nos contaremos los dos!

Esto piensa y esto escribe el aplaudido poeta Hurtado, y cuando el público lo lee siente, se entusiasma y aplaude. Esto escribimos y esto pensamos nosotros, y cuando la mayoría del público lo lee, se sonríe, se burla y nos llama locos.

¿Quiénes son los verdaderos locos?